

MISTERIO

EN EL INSTEUTO



Misterio en el Instituto

Capítulo 1: El rumor

En una típica mañana de lunes en el colegio San Alberto Magno, el bullicio de los estudiantes llena los pasillos. Sara, una chica inquieta y curiosa, camina hacia su clase de matemáticas cuando escucha a dos estudiantes de último año susurrando en un rincón.

—¿Te acuerdas de Gabriel? —dice uno de ellos, mirando de un lado al otro para asegurarse de que nadie escuche.

—Sí... el que fue expulsado, ¿no? —responde el otro, en un tono casi conspirador—. Dicen que dejó algo oculto en el colegio, en una habitación que nadie ha encontrado.

Sara contiene la respiración, tratando de captar cada palabra.

—Es solo un rumor, pero... si realmente hay una habitación oculta, debe estar en el sótano —dice el primero, dejando la conversación en el aire mientras ambos se alejan.

Sara, intrigada, apenas puede concentrarse durante el resto de sus clases. Cuando llega el recreo, busca a sus amigos para contarles lo que escuchó.

En el patio, los encuentra: David, el chico tranquilo y observador; Paula, fanática de las novelas de misterio; y Leo, el bromista que nunca se toma nada en serio.

—¡Chicos, tienen que escuchar esto! —dice Sara, casi sin aliento.

—¿Qué pasa? —pregunta Paula, cerrando su libro de detectives y poniéndolo en su mochila—. ¿Descubriste un misterio o algo así?

—¡Sí! Escuché a unos chicos hablar sobre una habitación secreta en el colegio. Dicen que un alumno llamado Gabriel fue expulsado hace años y que escondió algo en esa habitación —cuenta Sara, emocionada.

Leo se ríe, incrédulo.

—¿Una habitación secreta? Sara, eso suena como uno de esos rumores tontos para asustar a los nuevos. Probablemente solo querían que alguien lo oyera y picara el anzuelo.

David, siempre más racional, frunce el ceño.

—Podría ser solo una historia, pero... no sé. En un colegio tan antiguo como este, podría haber algún rincón olvidado o un cuarto escondido. Además, ¿por qué lo expulsarían y qué habría dejado oculto?

Paula salta al escuchar esto, sus ojos brillando de emoción.

—¡Exacto, David! Tal vez haya un misterio de verdad. Podría ser como en esas historias donde el protagonista sigue las pistas y descubre secretos ocultos. Tenemos que investigarlo —dice Paula, mirando a Sara con determinación.

Sara asiente, decidida.

—Entonces, ¿qué les parece si después de clase empezamos por la biblioteca? Quizá haya algo sobre Gabriel en los registros antiguos del colegio —propone.

Leo suspira, pero se encoge de hombros.

—Bueno, si vamos a perder el tiempo, al menos que sea divertido. Me apunto.

Los cuatro amigos hacen un pacto en ese momento para descubrir la verdad detrás del rumor, y deciden reunirse en la biblioteca esa misma tarde. La curiosidad de Sara ha encendido algo en el grupo, y aunque no todos están convencidos, el misterio los llama de una forma irresistible.



Capítulo 2: La primera pista

Esa tarde, como habían planeado, Sara y sus amigos se encuentran en la biblioteca del colegio, un lugar que pocos alumnos frecuentan. Las estanterías están repletas de libros antiguos, y el ambiente es tranquilo, casi misterioso.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunta Leo en voz baja, mirando a su alrededor con expresión aburrida—. No creo que Gabriel haya dejado una nota diciendo: “Aquí escondí mi tesoro.”

—Deja de bromear —susurra Paula mientras observa los libros de una estantería cercana—. Lo primero es buscar alguna mención de él en los registros. Quizá hay algún libro o foto antigua donde aparezca.

David asiente y señala una vitrina donde se guardan algunos anuarios antiguos.

—Tal vez aquí encontremos algo —dice mientras abre la vitrina con cuidado—. Si fue un estudiante problemático, debería haber alguna referencia a él.

Después de revisar varios anuarios, Paula encuentra una foto de 1975 en la que aparece un grupo de alumnos vestidos con uniformes antiguos. Señala con el dedo a un chico de mirada desafiante.

—¡Miren! Creo que este es Gabriel —dice Paula emocionada.

La foto tiene una frase en latín grabada debajo: *“Veritas semper emergit”*.

—¿“Veritas semper emergit”? —Lee Leo en voz alta, con cara de desconcierto—. ¿Alguien sabe latín aquí?

—Significa “La verdad siempre sale a la luz” —responde David, sorprendido por recordar algo de latín aprendido en clase—. Es una frase extraña para poner en una foto escolar, ¿no creen?

Sara asiente, con los ojos fijos en la foto.

—¿Y si esto es una pista? Quizá Gabriel quiso que alguien encontrara esta foto y descubriera la verdad sobre él.

—O tal vez —dice Leo, sarcástico—, solo era un chico con complejo de poeta.

—Hay una forma de averiguarlo —interviene Paula, ignorando el comentario de Leo—. Podríamos preguntarle al profesor Romero. Él siempre cuenta historias sobre el colegio y debe conocer algo sobre Gabriel y ese año.

David asiente con entusiasmo.

—Buena idea. Tal vez hasta conozca algo de esa “habitación secreta”. Seguro nos dirá si hay algo de verdad en todo esto.

Sara y sus amigos deciden ir a buscar al profesor Romero en cuanto termina su clase. Al encontrarlo en el pasillo, le cuentan con entusiasmo lo que han descubierto en la biblioteca.

—Profesor Romero —empieza Paula, casi sin aliento por la emoción—, encontramos una foto en la biblioteca de un alumno llamado Gabriel, del año 1975. Aparece una frase en latín... “Veritas semper emergit”. ¿Sabe usted algo sobre eso?

El profesor Romero, un hombre de cabello canoso y gafas que siempre parece saber algo más de lo que dice, se toma un momento para responder. Se ajusta las gafas y observa a los chicos con una sonrisa enigmática.

—Ah, Gabriel... Sí, recuerdo a ese muchacho —responde, con un brillo en sus ojos—. Fue un caso... complicado. Era un chico inteligente, pero... bueno, se metió en problemas. Hay muchas historias alrededor de él. Algunos dicen que fue expulsado injustamente, pero solo unos pocos conocen la verdad.

Sara da un paso adelante, intrigada.

—¿Y cuál es esa verdad, profesor? —pregunta con voz suave, como si temiera romper el encanto de la conversación.

El profesor Romero suspira y baja la voz.

—No les diré todo, porque algunas cosas es mejor que las descubran ustedes mismos —responde, en un tono casi conspirador—. Pero puedo darles una pista. En mi oficina tengo una antigua revista escolar, de cuando Gabriel estudiaba aquí. Quizá ahí encuentren algo que los ayude en su búsqueda.

—¿Nos dejaría verla? —pregunta David, con una mezcla de ansiedad y emoción.

—Pueden pasar a buscarla mañana después de clase. Por ahora, les aconsejo que no cuenten nada de esto a nadie más. Hay secretos que es mejor guardar —dice el profesor Romero, lanzándoles una mirada significativa antes de alejarse por el pasillo.

Cuando el profesor desaparece de su vista, Leo suspira exageradamente.

—“Hay secretos que es mejor guardar” —dice imitando la voz del profesor—. Este tipo realmente sabe cómo alimentar el drama.

Paula le da un golpe en el brazo.

—Cállate, Leo. ¡Esto es serio! ¿No ves que nos dio una pista? —responde, visiblemente molesta pero a la vez emocionada.

Sara sonríe, contagiada por el entusiasmo de Paula.

—Así que... ¿quedamos mañana después de clase? —pregunta—. Tenemos que ver esa revista.

David asiente.

—Hecho. Algo me dice que estamos más cerca de averiguar lo que Gabriel dejó atrás — dice, con una sonrisa de complicidad.

Con sus mentes llenas de teorías y emociones, los amigos se separan, cada uno llevándose el misterio de Gabriel a casa y pensando en lo que podría esperarles al día siguiente.



Capítulo 3: La revista antigua.

Al día siguiente, tras un día de clases que parece eterno, el grupo se dirige a la oficina del profesor Romero. Están emocionados y llenos de preguntas sobre el misterioso Gabriel y la frase en latín.

—¿Qué crees que encontraremos en esa revista? —pregunta Sara, mirando a sus amigos mientras caminan por el pasillo.

—Espero algo más que el típico reportaje escolar de deportes y los eventos del año — responde Paula, con una sonrisa esperanzada—. Quizás haya alguna entrevista o mención sobre Gabriel.

—¿O fotos del tipo con cara de villano en todos lados? —bromea Leo, rodando los ojos—. Seguro que nos estamos ilusionando por nada.

Llegan a la puerta de la oficina del profesor Romero, quien ya los está esperando con una sonrisa enigmática.

—Pasen, chicos —les dice, señalando una silla llena de revistas viejas—. Aquí tienen la edición del año 1975. Eso sí, no se lleven ninguna sin permiso; es material muy antiguo.

Paula toma la revista con cuidado y empieza a hojearla junto a sus amigos. De pronto, se detiene en una página donde hay una entrevista con varios alumnos destacados de ese año.

—¡Aquí está! —dice, señalando una foto de Gabriel—. Miren, hay un artículo sobre él. Parece que era parte del club de ciencias.

David lee el encabezado en voz alta.

—“Gabriel Hernández: el joven científico del San Alberto Magno”. Curioso... ¿por qué alguien como él sería expulsado? —pregunta en voz baja, como si estuviera pensando en voz alta.

Sara observa la foto de Gabriel con atención. Es un chico de aspecto serio, con una expresión determinada.

—No lo sé, pero aquí parece... normal, ¿no creen? —comenta, mientras sigue leyendo el artículo—. Mencionan que estaba trabajando en un proyecto secreto para la feria de ciencias.

Leo bufa, divertido.

—¿Se imaginan que Gabriel descubrió cómo hacer desaparecer a la gente y lo probaron en él? —bromea.

Paula lo golpea ligeramente en el brazo.

—Leo, ¡esto es serio! —exclama—. Aquí dice que “el proyecto quedó inconcluso”. ¿No les parece raro que no digan nada más?

David frunce el ceño.

—Demasiado raro. Quizá nunca quisieron que el proyecto saliera a la luz. Tal vez estaba relacionado con... —hace una pausa, observando al profesor Romero, quien ha estado escuchando en silencio—. ¿Profesor, sabe usted algo sobre ese proyecto?

El profesor sonríe, pero guarda silencio durante un momento, como si estuviera considerando su respuesta.

—Digamos que en esa época, algunos experimentos podían ser... malinterpretados —responde con un tono enigmático—. Gabriel era un alumno brillante, pero su curiosidad lo llevó a lugares que otros no aprobaban.

—¿Lugares? —pregunta Leo, arqueando una ceja—. ¿Qué clase de lugares?

—De los que deben descubrir ustedes mismos si quieren conocer la verdad —responde el profesor Romero, lanzándoles una mirada misteriosa.

Paula se inclina hacia sus amigos y susurra:

—Tengo una idea. ¿Y si buscamos en el laboratorio de ciencias? Tal vez su proyecto inconcluso siga ahí, olvidado.

David asiente.

—Eso tiene sentido. Quizá encontremos algo que él dejó atrás.

Sara sonríe, emocionada.

—Entonces, ¡al laboratorio de ciencias! —dice.

El profesor Romero los observa mientras salen de su oficina y les da una última advertencia.

—Recuerden, chicos: no siempre es fácil desenterrar el pasado. Tengan cuidado.

Los amigos asienten y se dirigen al laboratorio, con sus mentes llenas de preguntas y una extraña sensación de que están a punto de descubrir algo mucho más grande de lo que habían imaginado.



Capítulo 4: El laboratorio de ciencias.

Cuando llegan al laboratorio de ciencias, ya no hay muchos alumnos en el colegio. Las luces están apagadas, y el ambiente es inquietante.

—¿Seguro que debemos hacer esto ahora? —pregunta Leo, mirando alrededor con desconfianza.

—No seas gallina, Leo —responde Paula con una sonrisa—. Piensa en el misterio que podríamos resolver.

David se adelanta y prueba la puerta. Está cerrada.

—Genial, ¿y ahora qué? —pregunta Leo, cruzándose de brazos.

Sara saca una horquilla de su cabello y sonríe.

—Deja esto en mis manos —dice, y comienza a manipular la cerradura.

—¿Desde cuándo sabes hacer eso? —pregunta David, impresionado.

—Digamos que aprendí algunos trucos viendo películas —responde, y la puerta se abre con un clic.

Entran al laboratorio, y Paula enciende una linterna. Empiezan a revisar estanterías y cajones en busca de algo que les dé una pista sobre el proyecto de Gabriel.

—Aquí no hay nada... —dice Leo, aburrido, mientras examina un viejo microscopio.

—Espera, ¿qué es eso? —pregunta Sara, señalando una caja polvorienta en el rincón del salón.

David se acerca y abre la caja. Dentro, encuentran un cuaderno con la letra de Gabriel.

—¡Es su cuaderno de notas! —dice David, hojeándolo con cuidado—. Miren, hay fórmulas y diagramas... pero no entiendo nada de esto.

Paula examina una página y lee en voz alta.

—“Si alguien encuentra esto, que sepa que la verdad debe salir a la luz, cueste lo que cueste” —dice, en un tono solemne.

Leo se ríe nervioso.

—Qué dramático. Este tipo sí que tenía un sentido del suspenso.

—Tal vez sabía que estaba en peligro —responde Sara, pensativa—. Quizá por eso escondió este cuaderno.

David guarda el cuaderno en su mochila y mira a sus amigos.

—Tenemos que salir de aquí antes de que alguien nos descubra. Mañana buscaremos más pistas.



Capítulo 5: La visita nocturna

Esa noche, cada uno de los amigos se lleva a casa la incertidumbre sobre lo que han encontrado. Sin embargo, a medianoche, Sara recibe una llamada de Paula.

—Sara, no puedo dejar de pensar en ese cuaderno —dice Paula, con voz temblorosa—. Hay algo que no me cuadra. ¿No te pareció que algunas páginas estaban arrancadas?

—Ahora que lo dices... sí, es verdad —responde Sara, sorprendida—. Quizá alguien más ha estado buscando el cuaderno antes que nosotros.

—¿Y si hay alguien que no quiere que descubramos la verdad? —susurra Paula, como si temiera que alguien la escuchara.

Sara se queda en silencio, asimilando la idea.

—Mañana hablemos con David y Leo sobre esto. Si alguien está intentando esconder algo, nosotros lo descubriremos.

Ambas acuerdan reunirse temprano al día siguiente, con la certeza de que están ante algo mucho más grande de lo que imaginaban.



Capítulo 6: La segunda advertencia.

A la mañana siguiente, los amigos se encuentran en el patio. David saca el cuaderno de su mochila y lo coloca en la mesa frente a ellos.

—Anoche estuve leyendo el cuaderno y noté algo extraño —dice David—. En una de las páginas, Gabriel menciona a alguien llamado “El Guardián”. Pero no explica quién es.

—¿El Guardián? —pregunta Leo, confundido—. ¿Eso suena a una película de superhéroes o qué?

Paula le lanza una mirada reprobatoria.

—Esto es serio, Leo. Si alguien estaba vigilando a Gabriel, podría ser la misma persona que arrancó esas páginas.

Sara asiente.

—Y si ese “Guardián” sigue aquí, tal vez no quiera que sepamos la verdad.

David cierra el cuaderno, pensativo.

—Sea quien sea, no vamos a detenernos. Gabriel quería que alguien encontrara esto. Vamos a terminar lo que él empezó.



Capítulo 7: La nota anónima

Más tarde, ese mismo día, Sara encuentra un sobre sin remitente en su mochila.

Intrigada, lo abre y encuentra una nota que dice: “Dejen de investigar, por su propio bien”.

—¿Qué? ¡Miren esto! —exclama Sara, enseñando la nota a sus amigos.

Paula la lee, con expresión de alarma.

—¿Quién pudo haber hecho esto? ¡Esto se está poniendo serio!

—Es probable que sea alguien intentando asustarnos —dice Leo, tratando de sonar despreocupado, aunque su tono delata su nerviosismo.

—Sea quien sea, sabe que estamos buscando la verdad —responde David con firmeza—. Y eso significa que estamos cerca de descubrir algo importante.



Capítulo 8: El sótano prohibido

Decididos a seguir adelante, los amigos investigan y descubren que en el sótano del colegio podría haber algo relacionado con el proyecto de Gabriel. Sin embargo, el acceso está restringido.

—¿De verdad vamos a entrar al sótano? —pregunta Leo, mirando la puerta con desconfianza.

—Claro que sí —responde Paula con determinación—. Es la única forma de saber qué pasó con Gabriel.

Sara encuentra una ventana que les permite deslizarse al interior del sótano. Una vez dentro, empiezan a buscar, pero el lugar está oscuro y cubierto de polvo.

—Este sitio da miedo... —murmura Leo.

—Enfócate, Leo. Estamos a punto de descubrir algo grande —responde David.

Mientras avanzan, encuentran una puerta con un candado viejo. David intenta forzarlo, pero no logra abrirlo.

—¡Espera! —dice Sara, encontrando una llave en una esquina del sótano—. Quizás esta sirva.

La llave encaja, y al abrir la puerta encuentran un pequeño laboratorio con papeles esparcidos por todas partes.



Capítulo 9: La verdad oculta.

Dentro del laboratorio, encuentran más notas y diagramas de Gabriel. Paula comienza a leer en voz alta.

—Aquí dice que Gabriel estaba trabajando en un experimento para ayudar a los estudiantes a mejorar su memoria... pero también menciona efectos secundarios peligrosos —explica Paula, sorprendida.

—¿Efectos secundarios? ¿Como qué? —pregunta Leo.

—Aquí dice algo sobre “pérdida de control” y “riesgo de dependencia” —responde David, pensativo—. Tal vez por eso lo expulsaron.

Sara observa un pequeño frasco en una mesa, cubierto de polvo.

—Creo que esto es lo que buscaba proteger —dice, sosteniendo el frasco—. Este experimento era mucho más peligroso de lo que imaginamos.



Capítulo 10: El enfrentamiento.

Mientras discuten sobre lo que han encontrado, escuchan pasos acercándose. Rápidamente esconden el frasco y apagan la linterna.

—¿Alguien viene? —susurra Leo, nervioso.

La puerta se abre, y ven una figura entrar. Es el profesor Romero.

—¿Qué están haciendo aquí? —pregunta con severidad, mirándolos fijamente.

David se arma de valor y da un paso adelante.

—Sabemos sobre el proyecto de Gabriel, profesor. Sabemos que fue expulsado por algo que no era su culpa.

Romero suspira.

—Gabriel fue mi alumno, y era brillante. Pero sus experimentos eran peligrosos. Lo oculté para protegerlo... y proteger a los demás.



Capítulo 11: La confesión.

El profesor Romero les explica que Gabriel desarrolló una sustancia que aumentaba la memoria, pero tenía efectos secundarios graves. Al darse cuenta del peligro, Romero ocultó el proyecto y convenció a la dirección de expulsar a Gabriel para evitar un escándalo.

—¿Y qué pasó con él después de que lo expulsaron? —pregunta Sara.

—Se fue, y nunca más supe de él —responde Romero—. Pero su trabajo debía ser olvidado.



Capítulo 12: La despedida.

Finalmente, el grupo decide que es mejor guardar el secreto. Destruyen el frasco y devuelven el cuaderno al escondite.

—Quizá Gabriel tenía razón en querer que su verdad saliera a la luz —dice David—, pero esto es demasiado peligroso.

Paula asiente.

—Por una vez estoy de acuerdo. Este secreto es mejor dejarlo en el pasado.

Los amigos salen del sótano, sintiendo que han hecho lo correcto, aunque saben que nunca olvidarán el misterio que los unió.

